EL TEATRO ESPAÑOL.

BIBLIOTECA DE OBRAS DRAMÁTICAS.

LA PETACA,

COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA DEL FRANCES,

POR

CECILIO VEGRAMUNTE.

ESTRENADA

EN EL TEATRO ESPAÑOL

LA NOCHE DEL 29 OCTUBRE 1871.



MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ M. DUCAZCAL,

plaza de Prim, núm. 6.

1871.

LA
PETACA,

COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA DEL FRANCES,

POR

CECILIO VEGRAMUNTE.

ESTRENADA

EN EL TEATRO ESPAÑOL

LA NOCHE DEL 29 OCTUBRE 1871.



MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ M. DUCAZCAL,
plaza de Prim, núm. 6.

—

1871.

PERSONAJES.	ACTORES.
Enriqueta.	D.ª Josefa Hijosa.
Elisa.	» Elisa Mendoza Tenorio.
Pepa.	» Octavia Rubio.
El Brigadier Bernaldez. . .	D. Ricardo Morales.
El General.	» Emilio Mario.
El Doctor D. Juan Álvarez.	» José Alisedo.
Gutierrez.	» Manuel García.

La accion pasa en Alcalá de Henares. Época contemporánea: 1871.

ACTO ÚNICO.

Habitacion elegante: puerta al fondo: puertas á derecha é izquierda: ésta se supone que conduce al comedor, aquella á otras habitaciones: chimenea á la izquierda en primer término: delante de la chimenea un sofá con almohadones, sillas y butacas. Piano á la derecha en primer término, junto á él una ventana con persiana, que dá al campo: en el centro de la habitacion, un velador, sobre él, álbums, periódicos de modas, papeles de música y un timbre. Sobre la chimenea un jarro con flores naturales.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN y el brigadier BERNALDEZ.

D. JUAN. *(Entrando por la puerta del fondo apoyado en el brazo del brigadier.)* Sí, mi querido sobrino; no hay deuda que no se pague, ni plazo que no se cumpla; llegó el dia fijado para tu casamiento, y hénos aquí de vuelta de la Iglesia parroquial de Santa María, de esta ínclita ciudad de Alcalá de Henares, ya convertido el brigadier Bernaldez en el feliz esposo de la señorita Doña Elisa Cebrian.

BERNALD. Venimos de dar digna sepultura al celibato.

D. JUAN. ¡Pero qué sepultura, tunante! Así te miraban hoy todos con envidia, y al contemplar tan linda pareja, no habia uno que no murmurase entre dientes al veros pasar: «hé aquí la felicidad.»

BERNALD. Y esta felicidad, ¿á quién la debo? A usted, mi querido tio.

D. JUAN. Yo no he hecho más que enseñarte el camino por donde podias encontrarla. Antiguo médico de esta buena señora de Cebrian, cuyos achaques superan á su no escasa fortuna, ya sabes que he venido á ser para ella, más que el médico, el amigo consecuente y leal; y que Elisita su sobrina, huérfana desde muy tierna edad, se acostumbró bien pronto á mirarme como su único amigo. En tal estado las cosas, vienes aquí destinado al frente de tu division; te presento en esta casa; y un dia que paseábamos en familia á la sombra de las frondosas alamedas que bordan las riberas del Henares, señalándote á Elisa que jugueteaba con sus amigas, te dije: *vé ahí una hermosa niña, que hará una excelente mujer*. Pensaste en ello, creiste en mi diagnóstico, y hoy has hecho tu mujer de aquella niña. Nada me debes por esto.

BERNALD. Sin embargo, mi gratitud...

(En este momento Pepa sale por el fondo llevando una botella y una bandeja con bizcochos, dirigiéndose á la puerta izquierda que conduce al comedor.)

ESCENA II.

Dichos; PEPA.

D. JUAN. *(Deteniendo á Pepa.)* ¿Qué llevas ahí? A ver... Jerez... bizcochitos... Hombre, perfectamente... ¿Dónde ibas con esto?

PEPA. Al comedor.

D. JUAN. Pues te voy á evitar esa molestia; porque aquí mismo *(señalando el velador)* nos lo vamos á

propinar. *(Pepa lo deja sobre el velador y váse.) (Sentándose junto al velador, sirviendo dos copas de Jerez y engullendo un bizcocho.)* Acerca una silla *(á Bernaldez)*; me parece que no rechazarás este refrigerio... Las visitas dilatan la hora de almorzar y me parece que habiendo tomado chocolate á las ocho de la mañana... ¡Ajá! Venga un cigarro. *(Bernaldez saca una petaca y de ella un cigarro que dá á D. Juan, despues la guarda.)* ¿Y tú?

BERNALD. No fumo.

D. JUAN. ¿Qué no fumas? ¿de cuándo acá?

BERNALD. Desde esta mañana.

D. JUAN. ¿Y has renunciado al cigarro? Imposible.

BERNALD. Por hoy solamente. Es un deseo de Elisa.

D. JUAN. Cargas matrimoniales... Hoy empieza la luna de miel con todo su acompañamiento de dengues y caprichitos.

BERNALD. El cumplimiento de este no me es muy costoso.

D. JUAN. ¡Friolera! Un verdadero suplicio para un fumador... estoy seguro que se te pasarán unas ganas...

BERNALD. Algo... algo... pero bien vale mi Elisa este pequeño sacrificio...

D. JUAN. Bien, así me gusta. ¿De modo que estás enamorado de veras de tu mujer?

BERNALD. ¿Y le extraña á usted?

D. JUAN. Hombre, extrañarme no; porque Elisita es una monada, un pimpollito; pero francamente, me sorprende al pensar que apenas hace unos cuatro meses, bramaba en tu corazon una de esas tempestuosas pasiones, que sólo acaban cuando acaba la vida. *(Sentimentalismo exagerado.)*

BERNALD. ¡Vamos, tio!

D. JUAN. Así me lo decias... ¿qué se ha hecho de aquella pasion, de aquel idilio?

BERNALD. De aquel amor, tio, ya no quedan más que las cenizas.

D. JUAN. ¿Frias?

BERNALD. Completamente frias.

D. JUAN. ¿Se rindió la fortaleza?

BERNALD. Todo lo contrario. Se defendió heróicamente. Una virtud á prueba de bomba.

D. JUAN. ¿Qué me cuentas?

BERNALD. Lo que usted oye, mi escéptico doctor... Tropecé con una mujer honradísima con todas las apariencias de la más refinada coquetería... cualquiera creeria al oir su conversacion insinuante y algun tanto libre, al verse magnetizado por una mirada que dice más que aquella conversacion, que se trataba de una cosa corriente... Pues, no señor, todo lo contrario... Es una Lucrecia.

D. JUAN. De modo que tú, para curarte de aquella enfermedad del alma, has adoptado el tratamiento homeopático, el *similia similibus*.

BERNALD. *(Levantándose.)* Justamente; el amor de Elisa ha triunfado de mi pasion por...

D. JUAN. ¿Por quién?

BERNALD. Es mi secreto.

D. JUAN. Pues que te aproveche. Debias haber invitado á tu boda á la dama del secreto, á tu Lucrecia.

BERNALD. No la he invitado; pero le he mandado una magnífica esquela litografiada, dándole parte de mi efectuado enlace con la señorita Doña Elisa Cebrian.

D. JUAN. *(Apurando el último sorbo y levantándose.)* Delicada atencion, que te agradecerá de seguro. Y á

propósito de dar parte, ¿cómo no ha venido el general á tu boda? ¿No debia ser tu padrino? Me parece...

BERNALD. *(Contrariado y con cierto embarazo.)* Su mujer está algo delicada.

D. JUAN. Los disgustos... yo por mi parte, ayer mismo, en cuanto llegué á Madrid, cumplí el encargo que me confió el general, y recogí las cartas que miss Emma tenia en su poder. Un paquete de billetitos sin fecha, que no valen por cierto los que le dí del Banco de España.

BERNALD. Aunque las relaciones amorosas del general con esa mujer, datan desde ántes de su matrimonio, y aunque la generala no las ignora, él queria destruir esa espada de Damocles pendiente siempre sobre su cabeza.

D. JUAN. Pues ya están aquí las cartas, y el general puede dormir tranquilo, sin miedo á su mujer, que le domina completamente.

BERNALD. Y de la cual está enamorado con delirio, celoso como un Otelo, hasta del aire que mueve los rizos de su Enriqueta.

ESCENA III.

Dichos; ELISA, *que entra saltando por el fondo.*

ELISA. Gran noticia. ¿Qué es esto? *(Viendo el humo del cigarro de D. Juan.)* ¡Ah! Creí... tú no fumas... buen chico. *(A Bernaldez.)*

D. JUAN. Y si quieres que yo lo apague...

ELISA. Nada de eso.

BERNALD. No, la consigna sólo reza conmigo. Pero ¿qué gran noticia es esa? Sepamos.

ELISA. Tu amigo, el general, por cuya ausencia, en este dia, estábamos todos apesadumbrados...

BERNALD. ¿Qué?

ELISA. Vá á llegar.

BERNALD. *(Sobresaltado.)* ¿Cómo?

ELISA. Esta es una sorpresa que te preparaba. Enriqueta, su mujer, era una de mis mejores amigas en las Salesas... la invité á mi boda, y hé aquí su contestacion...

BERNALD. *(Aparte.)* Es su letra. «A medio dia llegaremos á tu casa.»

ELISA. El asistente, portador de la carta, debió llegar mucho ántes; pero se le espantó el caballo junto á la alameda, y despues de derribarlo, salió escapado; por cuya razon ha tardado una hora más de lo regular... Bien podia usted verle *(á D. Juan)* que al pobre le duele todo el cuerpo segun dice.

D. JUAN. Le veremos. *(Se oye el ruido de un carruaje.)*

ELISA. ¡Ah! un coche... (*Se asoma á la ventana.*) Entra en el jardin. Ellos deben ser.

BERNALD. (*Aparte.*) ¡Qué hacer ahora, Dios mio!

D. JUAN. ¿Qué tienes? *(Bajo á Bernaldez.)*

BERNALD. Ya diré á usted... *(Bajo y turbado.)*

ELISA. Ellos son... El general baja del carruaje, ahora Enriqueta... Corro á su encuentro. *(Váse por el fondo.)*

ESCENA IV.

BERNALDEZ, D. JUAN.

D. JUAN. ¿Pero qué tienes?, ¿qué te pasa?

BERNALD. ¡Ay tio...! una desgracia, una fatalidad, un gran contratiempo...

D. JUAN. Pero...

BERNALD. La mujer del general es... ella...

D. JUAN. ¿Pero quién es ella?

BERNALD. El objeto de mi pasion... la virtud inquebrantable... la mujer de quien he sido juguete... por quien salí huyendo de Madrid... por quien estuve á punto de volverme loco.

D. JUAN. La heroina de tu amorosa novela, tu Lucrecia madrileña.

BERNALD. Ya vé usted apenas hace cuatro meses... Juré no verla... la temo... y tener que verla hoy, precisamente el dia de mi casamiento... á presencia del general... de Elisa... no sé si podré dominarme.

D. JUAN. Efectivamente es una complicacion.

BERNALD. ¿Qué viene á hacer aquí esa mujer?

D. JUAN. Ya están ahí... valor...

ESCENA V.

Los mismos; ELISA, ENRIQUETA, el GENERAL *en traje de campo y sobre él un gaban.*

ELISA. (*A la puerta del fondo por donde entran.*) No puedes figurarte la alegría que me dá esta sorpresa... verás mi marido que contento se pone al veros... no os esperaba.

D. JUAN. (*A Bernaldez, bajo y con ironia.*) ¿Estás contento mi brigadier?

GENERAL. ¿Dónde está mi querido Bernaldez?

BERNALD. Salia al encuentro de ustedes... (*Se abrazan.*)

ELISA. (*Por Bernaldez á Enriqueta.*) No te presento á Federico, pues ya se que es tu amigo.

ENRIQ. Si... y de los más fieles. ¿No es verdad? (*A Bernaldez.*)

BERNALD. *(Inclinándose.)* Señora...

D. JUAN. *(A Bernaldez, aparte.)* Fuego de guerrillas.

ELISA. *(Presentando á D. Juan.)* El doctor Alvarez tio de mi marido.

ENRIQ. Francamente, señor Bernaldez, ¿usted no me esperaba hoy por aquí?

BERNALD. *(Con dificultad.)* Francamente, no esperaba... el general me habia escrito que estaba usted algo enferma...

ENRIQ. Sí... he sufrido algo... pero ya estoy completamente buena.

GENERAL. En cuanto á mí, mi querido Federico, aunque el reuma se hubiera empeñado en retenerme en casa, hubiera sido capaz de haberme hecho traer en una camilla, ántes que dejar de estrechar á usted la mano en un dia como este.

D. JUAN. *(Aparte.)* Le adora, todos son lo mismo.

GENERAL. *(Aparte.)* Señor D. Juan, ¿hay algo de nuevo?

D. JUAN. *(Aparte.)* Todo... y voy... *(Haciendo ademan de entregarle las cartas.)*

ESCENA VI.

Dichos; PEPA, *por la derecha.*

PEPA. Las habitaciones del señor general están listas. *(Váse.)*

GENERAL. ¡Silencio...! *(Al doctor.)* Perfectamente... Y si ustedes me permiten...

ELISA. Está usted en su casa, general. Yo voy á guiarle, y á noticiar á mi tia su llegada. Te confío á Enriqueta, Federico.

(El general da el brazo á Elisa y se retiran por la derecha.)

ESCENA VII.

ENRIQUETA, BERNALDEZ; *momentos de pausa, Bernaldez no sabe como romper el silencio.*

BERNALD. Señora... *(Pausa.)*
ENRIQ. ¿No tiene usted más que decirme? Pues tiene gracia.
BERNALD. Señora... *(Pausa.)*
ENRIQ. Es preciso convenir en que hay situaciones en la vida, en las que el hombre de más talento, el más espiritual del mundo, puede hacer la figura más grotesca, el papel más ridículo... *(Riendo.)*
BERNALD. (*Aparte.*) ¡Dios mio!
ENRIQ. Desde el instante mismo en que puse mis piés en esta habitacion, le he estado á usted observando. He producido en usted el efecto de la cabeza de Medusa, y como ella he tenido el poder de convertirlo á usted en estátua, Y en este momento tiene usted todo el aspecto, la actitud inquieta de un criminal delante de su juez.
BERNALD. Es la verdad... á los ojos de usted yo debo aparecer muy culpable.
ENRIQ. ¿Reconoce usted su crímen?
BERNALD. Sí, señora; pero en él hay circunstancias atenuantes que deben tenerse en cuenta.
ENRIQ. *(Sentándose.)* ¿Qué sería hoy de mí si hubiera dado oido á aquellas protestas de amor, á aquellos juramentos... porque la verdad es, que entónces, segun usted decia, por una

sonrisa mia se hubiera usted dejado matar al frente de su division... Y hoy vive usted y vive para otra y no piensa en morirse, ni mucho ménos en dejarse matar. ¿Qué hubiera sido de mí, si hubiera creido en aquellas halagüeñas palabras, en aquellos tremendos juramentos? ¿Si yo hubiera amado á usted?

BERNALD. ¿Usted, Enriqueta?

ENRIQ. Pongo por caso; porque me parece que usted no lo habrá ni áun soñado. Usted se dijo un dia contemplando las espirales de humo que se escapaban de su cigarro. Hombre, me gusta la mujer de mi amigo el general, así tan pequeñita, tan mona... Pues vamos á hacerle el amor y entretendré mis ocios. Sin pensar en las tempestades que aquella prueba podia levantar en mi corazon, en los desastres que podia ocasionar una pasion por usted inspirada. Usted no pudo nunca imaginar que yo, viéndome despreciada por un perjuro, vendria á pedir á usted cuenta de mi perdida dicha, vendria decidida á vengarme. *(Levantándose.)*

BERNALD. Usted vengarse. (¿Se está burlando?)

ENRIQ. Sí, á vengarme terriblemente. Tengo, para esgrimir contra usted, para anonadarle, para confundirle, armas terribles.

BERNALD. Pero ¿qué significa?

ENRIQ. Tengo en mi poder ciertas cartas ardientes, apasionadas, que usted me ha escrito, y ellas son el presente de novia que voy hoy á ofrecer á su mujer de usted.

BERNALD. ¿Y sería usted capaz?

ENRIQ. De todo.

BERNALD. No es posible.

ENRIQ. Lo va usted á ver.

BERNALD. No, por Dios, yo se lo suplico á usted.

ENRIQ. Brigadier, usted es un cobarde... usted tiene miedo... usted tiembla. Brigadier, usted es un majadero.

BERNALD. ¿Cómo?

ENRIQ. Que es usted un majadero, mi brigadier; usted se ha figurado que yo vengo aquí loca de amor por usted, y ha tomado por lo sério mis proyectos de venganza. Siempre creí que era usted tonto; pero no tanto. Tranquilícese usted; renuncio generosamente á un amor que nunca he sentido. Ni yo le quiero á usted, ni le he querido, ni ese es el camino; lo que sí hé hecho es reirme de usted ántes, ahora, y despues, y en prueba de ello entrego á usted unas armas que para batirme con usted no necesito.

BERNALD. ¡Ay, Enriqueta! tanta generosidad me humilla.

ENRIQ. Tome usted. *(Le entrega un paquetito de cartas.)*

BERNALD. ¿Mis cartas?

ENRIQ. Coleccionadas por órden de fechas, por gradacion de sentimiento, sublimidad de estilo y poesía. Yo pude destruirlas; pero he preferido que usted mismo se tomara el trabajo de quemarlas.

BERNALD. ¡Ah! señora, esta sí que es una venganza digna de usted.

ENRIQ. Con que manos á la obra, y créame usted siempre su buena amiga. *(Dándole la mano. Váse por la derecha.)*

ESCENA VIII.

BERNALDEZ, solo.

BERNALD. Me he lucido. Se ha estado divirtiendo conmigo con esa desenvoltura y esa gracia que no tienen igual... Ha podido perderme, y se ha contentado con burlarse. Más vale así. *(Mirando las cartas.)* Sí, y son mis cartas. Hagamos un auto de fe. Si alguien llega... *(Saca distraido la petaca, y de ella un cigarro; enciende un fósforo, sentándose; al ir á encender el cigarro, aparece Elisa por el fondo.)*

ESCENA IX.

BERNALDEZ, ELISA.

ELISA. Te cogí.

BERNALD. ¡Elisa! *(Guarda apresuradamente en la petaca las cartas y el cigarro.)*

ELISA. Vaya una palabra, ¡caballero! ¿y esto es lo que tú me quieres?

BERNALD. *(Cerrando la petaca.)* Perdóname, hija; ha sido una distraccion.

ELISA. Pues bien, señor mio; para evitar que usted vuelva á reincidir ni á distraerse, yo confisco el cuerpo del delito. *(Quitándole la petaca de las manos.)*

BERNALD. Pero Elisa ¡qué tontería! trae la petaca.

ELISA. No, señor; la guardo hasta que te levante la prohibicion.

BERNALD. Yo te juro que no fumaré.

ELISA. Ya no creo en tus juramentos. *(Haciendo ademan de marcharse.)*

BERNALD. ¡Elisa! pero ven acá, tonta. *(Siguiéndola y queriendo quitarla la petaca.)*

ELISA. No, no, no... *(Ocultándola.)*

ESCENA X.

Los mismos; el GENERAL y ENRIQUETA, *por la derecha.*

GENERAL. ¿Pero qué es esto? ¿Se han roto las hostilidades?

ELISA. Yo hago á usted juez, general, y á tí tambien, Enriqueta. Mi marido me habia ofrecido, formalmente, no fumar hoy en todo el dia, y en este momento acabo de sorprenderle faltando á su palabra.

GENERAL. Promesas de fumador.

ELISA. Pues bien; para que no vuelva á caer en la tentacion de faltar á ellas, le he quitado la petaca.

ENRIQ. Perfectamente.

BERNALD. Pero es que...

ELISA. Federico quiere que se la devuelva, y yo no quiero. ¿De parte de quién está la razon? Diga usted, general.

GENERAL. Está planteada la cuestion, y yo voy á intervenir como potencia neutral. No encuentro más que un medio para restablecer el equilibrio entre los beligerantes. El desarme... Y yo me encargo de ejecutarlo. *(Tomando la petaca de las manos de Elisa.)*

BERNALD. *(Aparte.)* Aquí fué Troya.

ELISA. Me conformo.

GENERAL. Yo devolveré á su dueño, esta manzana de la discordia, tan pronto como se haya firmado el tratado de paz. Mañana. *(Guardando la petaca en el bolsillo de su gaban.)*

BERNALD. *(Aparte.)* ¿Qué hacer ahora?

ENRIQ. *(Aparte á Bernaldez.)* ¿Pero qué le pasa á usted? *(Viendo su abatimiento.)*

BERNALD. *(Aparte á Enriqueta.)* Casi nada. Mis cartas están en la petaca.

ENRIQ. (¡Dios mio!)

ESCENA XI.

Los mismos; PEPA, *por la izquierda.*

PEPA. El almuerzo está servido.

ELISA. Pues á almorzar. Enriqueta... general...

GENERAL. Yo ya he almorzado. Una taza de café, tomada á las diez de la mañana, con dos buenas tostadas, me bastan hasta la hora de comer.

ENRIQ. Esta es para mi marido la hora de la siesta. Se recuesta en un sofá ó en una butaca y duerme un cuarto de hora.

ELISA. Pues yo ruego á usted que no altere en lo más mínimo sus costumbres. ¿Vienes tú, Enriqueta?

ENRIQ. Perdóname... Yo acompañaré á mi marido.

ELISA. Pero cómo, ¿tampoco tú almuerzas con nosotros?

ENRIQ. *(Mirando á Bernaldez.)* Yo no abandono al general hasta que se duerme.

BERNALD. *(Aparte.)* Comprendo.

GENERAL. No, yo no lo consiento; pues no faltaba más. Vé con Elisa.

ENRIQ. Seré contigo al momento. *(A Elisa.)*

ELISA. ¡Pero señor...!

BERNALD. No insistamos Elisa... quizá seamos indiscretos...

ENRIQ. *(Bajo á Bernaldez.)* En cuanto se duerma yo respondo de las cartas.

ELISA. *(A Enriqueta.)* Procura que se duerma pronto.

ESCENA XII.

El GENERAL, ENRIQUETA.

GENERAL. Pero hija, ¿por qué te has privado del gusto de acompañar á Elisa?

ENRIQ. Estoy mejor á tu lado.

GENERAL. Y que buena y simpática es esa niña... Me ha hecho gracia al ver la autoridad con que se ha apoderado de la petaca de Bernaldez. *(Sacándola.)* Y me dan tentaciones de probar el fruto prohibido...

ENRIQ. *(Deteniéndole en el momento de abrir la petaca.)* ¡Ah! no por Dios, no fumes.

GENERAL. ¿Tambien tú...?

ENRIQ. No estoy aún buena del todo y temo que el humo...

GENERAL. *(Cerrando la petaca que ha entreabierto.)* ¡ Pues no se hable más! Y es de buen gusto, legítima piel de rusia, mira que bien huele.

ENRIQ. *(Tomándola.)* Efectivamente. Me gusta mucho este olor. Voy á conservarla hasta que llegue el momento de devolvérsela á Federico.

GENERAL. *(Tomando la petaca á Enriqueta.)* No, eso si que no. No puedo confiarla á tí que no eres neutral, se la darias á su mujer. Es mi prisionero de guerra.

ENRIQ. Pues guarda tu prisionero. *(De mal humor. El general guarda otra vez la petaca en el bolsillo del gaban.)* ¿Pero no tienes gana de dormir?

GENERAL. No; no tengo mucha.

ENRIQ. Vamos, inténtalo. Este sofá te está convidando al sueño.

GENERAL. Sea...

ENRIQ. Estos almohadones aquí. *(Los coloca debajo de su cabeza.)* Verás qué bien duermes. ¿Estás bien así?

GENERAL. Perfectamente. *(Extendiéndose. De pronto se pone á olfatear y se levanta.)* Ya decia yo. *(Reparando en las flores que hay sobre la chimenea.)* Hija, haz favor de quitar de ahí esas flores; ya sabes que su olor me dá cada jaqueca...

ENRIQ. Si no es más que eso... Ya estás servido. *(Quita el jarro de flores y lo deja en la puerta de la izquierda.)* Anda, duerme, hijo.

GENERAL. *(Vuelve á acostarse en el sofá.)* ¡Ajá! *(Pausa.)*

ENRIQ. *(Aparte, sentada en una butaca y alargando el cuello para ver si se duerme.)* No me atrevo á moverme por no hacer el más leve ruido. *(Muy bajo.)*

GENERAL. ¡Enriqueta! *(Alto.)*

ENRIQ. *(Sobresaltada.)* ¿Qué?

GENERAL. Baja por Dios esa persiana, que la luz me incomoda.

ENRIQ. Ya estás servido. *(La baja.)* A dormir.

GENERAL. Sí, voy á hacerlo; ya te puedes marchar con Elisa.

ENRIQ. Calla, calla; no te ocupes de mí. Duerme. *(Se sienta en una butaca cerca del general, á quien mira de reojo, teniendo un libro en la mano.)* No estaré tranquila hasta que no le oiga roncar. *(Pausa.)*

GENERAL. *(Tosiendo.)* ¡Hum, hum! *(Cambia de postura,)*

ENRIQ. Está inquieto. ¡Ah! ya está del lado que acostubra á dormirse... (*Pausa.*)

GENERAL. (*Espantando una mosca.*) Demonio de moscas.

ENRIQ. (*Levantándose y espantando la mosca con su abanico.*) ¡Maldito insecto! (*Vuelve á sentarse.*) (*Pausa.*) Ya está tranquilo.

GENERAL. ¡Ea que no puedo dormir! (*Se levanta y pasea agitado.*) Estoy nervioso...

ENRIQ. ¡Dios mio! ¡Dios mio! (*Aparte.*) ¿Quieres que toque algo al piano? á ver si te duermes miéntras concluyen de almorzar.

GENERAL. Como tu quieras.

ENRIQ. (*Aparte.*) A ver si de este modo... (*Se sienta al piano.*) Pero acuéstate. (*El General se acuesta en el sofá*) (*Aparte.*) Que tocaré que le haga dormir. (*Recorriendo los papeles de música*) Esto... música alemana... Si ahora no se duerme... (*Tocando muy piano un andante monótono. A medida que Enriqueta va tocando el general se incorpora, se levanta de puntillas extasiado, hasta colocarse detrás de Enriqueta.*) (*Aparte.*) Creo que este narcótico ha producido su efecto. (*Cesa de tocar.*)

GENERAL. ¡Bravo! bravísimo, eres una profesora.

ENRIQ. ¿Qué? ¡Ah! Cuanto me alegro.

GENERAL. ¡Admirable! ¡Divino! Esto es tocar y esto es música.

ENRIQ. (*Levantándose.*) ¿Te ha gustado?

GENERAL. Me ha entusiasmado, hasta el punto que ya no pienso en dormir.

ENRIQ. Eso es lo que yo queria.

GENERAL. Pues lo has conseguido. Vamos á ver á los novios.

ENRIQ. Pero hombre, ¿para qué turbar su fiesta, si aún no se habrá terminado el almuerzo?

GENERAL. Tienes razon; dejemos que se arrullen esos tortolitos.

ENRIQ. *(Colgándose del brazo del general con mucho mimo.)* ¿Y no te recuerda nada la dicha que ellos disfrutan?

GENERAL. Sí, me recuerda aquel dia en que me hiciste el más feliz de los hombres.

ENRIQ. ¡Ay! Cuán lejano está ya aquel dia.

GENERAL. ¡Cómo! *(Paseándose.)*

ENRIQ. Sí... *(Suspirando.)* Entónces estabas enamorado de mí...

GENERAL. Más lo estoy ahora.

ENRIQ. ¡Ya...!

GENERAL. ¿Lo dudas?

ENRIQ. No. Estoy segura que me amas; pero no como entónces... Despues de cinco años de matrimonio... *(Enriqueta se sienta en el sofá.)*

GENERAL. Te juro, Enriqueta, que te amo como hace cinco años. *(Se sienta á su lado.)*

ENRIQ. *(Insinuante.)* ¿De veras? ¿No me encuentras ya algo vieja?

GENERAL. ¡Coqueta!

ENRIQ. ¿Tengo todavía algun encanto á tus ojos?

GENERAL. Nunca me has parecido más seductora. *(Cogiéndole una mano.)*

ENRIQ. Mírame bien... fija tus ojos en los mios... así... quiero asegurarme de tu sinceridad.

GENERAL. Tus ojos claros y penetrantes me atraen, y me fascinan, y me magnetizan, y me... *(Queriendo cogerla por la cintura.)*

ENRIQ. *(Esquivándole con dulzura.)* Pero hijo ¿qué es esto? Me parece que ya es hora de que vayamos á ver á los novios.

GENERAL. No... espera.

ENRIQ. *(Levantándose.)* No... que aquí corre peligro mi seguridad individual.

GENERAL. *(Reteniéndola.)* ¡Enriqueta! un beso... sólo uno.

ENRIQ. Con una condicion.

GENERAL. Aceptada de antemano. *(Rápido.)*

ENRIQ. Vas á dormir un ratito de siesta como de costumbre, y para ello vas á permanecer inmóvil sobre este sofá... la cabeza sobre los almohadones... los ojos cerrados... sin pronunciar una palabra. *(El general hace cuanto manda Enriqueta.)*

GENERAL *(Queriendo atraerla.)* ¡Enriqueta! *(Suplicante.)*

ENRIQ. ¡Silencio! *(Tapándole la boca.)* *(Gran pausa... el general se duerme.)*

ENRIQ. Lo que es ahora... *(Comienza á buscar los bolsillos del gaban.)* Aquí está la petaca... Con tal que no despierte... ¡Cómo me late el corazon! Ea... valor. *En el momento en que Enriqueta mete la mano en el bolsillo del general, se oye fuera una fuerte detonacion, acompañada con grandes risas y alboroto y voces de «vivan los novios» ¡Vivaan!)*

GENERAL. *(Levantándose de repente.)* Es un cañonazo.

ENRIQ. *(Inmóvil á su lado. Aparte.)* Todo se ha perdido.

ESCENA XIII.

Dichos; BERNALDEZ, ELISA, D. JUAN, *entrando por el fondo.*

BERNALD. Yo ruego á ustedes que dispensen... Estoy seguro que esa barbaridad ha interrumpido su sueño.

GENERAL. Nada de eso.

ELISA. Son nuestros criados y mozos de labranza, que han querido festejarnos.

D. JUAN. Con fuegos artificiales.

GENERAL. Y yo me uno á tan justo entusiasmo. *(Se dirige á hablar con Elisa.)*

BERNALD. *(Bajo á Enriqueta.)* ¿Y la petaca?

ENRIQ. Ese petardo ha venido á despertarle en el momento en que ya la tenia en mi mano. *(Bajo.)*

BERNALD. ¡Qué contratiempo! *(Bajo.)* *(Enriqueta se dirige á donde está Elisa.)*

D. JUAN. *(Bajo á Bernaldez.)* Ya...

BERNALD. *(Bajo.)* Todavía la lleva en el bolsillo del gaban.

D. JUAN. *(Bajo.)* ¡Diablo! Esto no vá bien.

ELISA. Con que en marcha, mi general; vamos á ver los jardines.

GENERAL. Este es mi brazo.

ENRIQ. *(Que ha estado meditando, dice, como asaltada por una repentina idea.)* Pero dí, ¿vas á salir con tanta ropa? Vas á sudar, y luégo constipado seguro. Deja ese gaban. *(Se dispone á quitárselo.)*

D. JUAN. *(Aparte.)* ¡Qué mujeres!

BERNALD. Sí, mi general; hace mucho calor.

GENERAL. No importa... así voy á gusto.

D. JUAN. Sin embargo, mi general; es mucha ropa para dar un paseo... con el ejercio se provoca la traspiracion, y como médico no puedo permitir...

ENRIQ. Obedece... ha hablado la facultad. *(Quitándole el gaban.)*

GENERAL. *(Llamando.)* ¡Gutierrez!

ENRIQ. Ea, quítatelo tú... *(Sale Gutierrez y acaba de quitar el paletó al general.)*

GENERAL. ¡Oh! las mujeres siempre alcanzan cuanto se proponen. Aprenda usted. (*A Bernaldez.*)

ENRIQ. Pero no sin trabajo.

GENERAL. En marcha. Enriqueta, toma el brazo del doctor.

D. JUAN. (*A Gutierrez.*) ¿Eres tú el que te caiste del caballo?

GUTIER. (*Cuadrándose.*) Zí, zeñó.

GENERAL. Tú te has caido ¿cuándo?

GUTIER. Mi generá... esta mañana cuando vine á traé la carta. Ze espantó er potro...

D. JUAN. ¿Y te has hecho daño?

GUTIER. Argo...

D. JUAN. Luégo veremos.

(*Vánse todos, menos Gutierrez, por el fondo.*)

ESCENA XIV.

GUTIERREZ; luégo PEPA.

GUTIER. Me carga limpiá ropa de paisano.

PEPA. ¿Qué hace usted aquí? (*Sale por la izquierda.*)

GUTIER. Ya lo vé osté; zacudí ezta levoza. (*Sacudiendo el gaban, cae la petaca.*)

PEPA. (*Recogiendo la petaca.*) Ande usted con cuidado. Mire usted.

GUTIER. (*Tomando la petaca.*) Toma. Ez la petaca de mi generá. Atiza... está cargá como un cañon. Pues no es la de mi generá (*abriéndola*). Está llena de papeles. (*Sacándolos.*) Paecen cartas.

PEPA. ¿Qué dirán? ¿Vamos á ver?

GUTIER. Serán cartas de la generala.

PEPA. O de alguna...

GUTIER. Quite osté allá. Mi generá no es hombre de esos tratos...

PEPA. ¡Yá...!

GUTIER. Le digo á osté que nó. Respondo de su honestiá como de la mia.

PEPA. Buena estará ella.

GUTIER. Zeñora que osté calumnia á la tropa.

PEPA. Será lo que usted quiera... Pero yo apostaria cualquier cosa á que esas cartas son de alguna querida.

GUTIER. Jezuz, María y Jozé... Va osté á verlo. ¿Qué vá jugao á que no...?

PEPA. Lo que usted quiera... Las cartas de la mujer no se esconden así.

GUTIER. (*Con una carta en la mano.*) Calle osté. Dise... dise... «Que... te quiero... arma de mi arma...»

PEPA. Una mujer propia nunca escribe esas zalamerías á su marido.

GUTIER. Calle osté... «¿Por qué el destino...?» Lo vé osté ezto ez arguno que pide un destino al generá... Argun cesante.

PEPA. ¿Y le llama alma de mi alma? Siga usted.

GUTIER. «¿Por qué el destino no ha querido que te encontrara ántes en mi camino?» Ya... «Yo te amo...» ¡Arza! «Tú eres mi vida: ¿por qué se ha de oponer alguna persona á nuestra dicha?»

PEPA. Esa persona es la generala.

GUTIER. Ya lo veo. Pus apenas sarma jaleo zi la generalita mete mano á ezte lio. Er trueno gordo... Oigo pasos.

PEPA. (*Yendo al fondo vuelve corriendo.*) ¡La generala!

GUTIER. (*Escondiendo las cartas en el pecho, lleva la chaqueta abrochada.*) ¡Me escamo!

ESCENA XV.

Dichos; ENRIQUETA.

ENRIQ. (*Entrando por el fondo, á Pepa.*) Tu señorita te llama.

PEPA. Voy, señorita. (*Váse por el fondo.*) ¡Pobrecilla!

ENRIQ. Gutierrez. El general ha dejado olvidada su petaca en el bolsillo de ese gaban: dámela.

GUTIER. Zí, mi generala. (*Aparte.*) Lo jolió. Aquí eztá.

ENRIQ. Bueno. (*Vete.*)

GUTIER. (*Aparte. Saliendo por la derecha.*) Es preciso que yo mesmo entregue estas cartas al generá en su propia prezona y en propias manos. De buena hemos zalio. Bien pué agraecerme el servicio. (*Enriqueta se dirige á la ventana.*)

ESCENA XVI.

ENRIQUETA, BERNALDEZ, D. JUAN.

BERNALD. Chist. ¡Enriqueta!

ENRIQ. (*Volviéndose rápidamente y dirigiéndose á Bernaldez con la petaca en la mano.*) Por fin la cogí... (*Viendo á D. Juan conteniéndose.*) ¡Ah! (*Ocultando la petaca.*)

BERNALD. Puede usted hablar con entera libertad, mi tio lo sabe todo.

ENRIQ. Pues aquí está. (*Presentando la petaca.*)

BERNALD. ¡Gracias á Dios! (*Tomándola.*)

ENRIQ. Pronto. Destruya usted esa correspondencia.

D. JUAN. Yo me pondré de centinela en esta puerta. (*Por la del fondo.*)

ENRIQ. Y yo en la ventana.

BERNALD. La operacion es breve. (*Abre la petaca, y al ver que no están las cartas, lanza un grito.*) ¡Ah!

D. JUAN... } ¿Qué es eso?
ENRIQ..... }

BERNALD. Que no están las cartas.

ENRIQ. Eso no es posible. (*Revolviendo la petaca.*) No... nada...

D. JUAN. ¿Está usted segura que el general no la ha abierto?

ENRIQ. No le he perdido de vista un segundo. Gutierrez me acaba de entregar en este momento la petaca... ni yo misma he tenido tiempo...

D. JUAN. Gutierrez tiene las cartas...

ENRIQ. ¿Pero con qué objeto?

BERNALD. Para dárselas al general sin duda alguna. Es preciso buscarle, arrancárselas. (*D. Juan vá á la ventana.*)

ENRIQ. ¿Pero cómo?

BERNALD. Ya veremos; lo importante es encontrarle ántes que vea al general.

D. JUAN. No hay cuidado. Ya le veo... ¡Gutierrez! ¡Gutierrez! (*Llamando.*) Ya viene.

ENRIQ. Pero ¿qué va usted á hacer?

D. JUAN. Tengo mi plan. No se ocupen ustedes de mí, ni se admiren por lo que vean.

ESCENA XVII.

Dichos; GUTIERREZ.

GUTIER. (*Cuadrándose al dintel de la puerta del fondo.*) Prezente, zeñó doctor.

D. JUAN. Ven acá, muchacho. (*Bernaldez y Enriqueta se

sientan junto al piano.) Vamos á ver. ¿De qué lado caiste del caballo?

GUTIER. Por er flanco derecho.

D. JUAN. ¿Dónde te duele?

GUTIER. En tóo.

D. JUAN. Voy á practicar el reconocimiento. Atencion á la voz de mando. ¡Firmes! La mano izquierda á la altura de la rodilla; el dorso de la derecha sobre la frente. *(Gutierrez se rie.)* ¿De qué te ries?

GUTIER. De que osté no ha leio la ordenanza. Puez vaya una manera de... *(D. Juan vá palpando á Gutierrez por los bolsillos y pecho. Gutierrez hace gestos y contorsiones como quien tiene cosquillas.)* Pero zeñó... no me jaga osté cozquillaz. ¡Ea!

D. JUAN. *(Palpando en el pecho el lugar que ocupan las cartas, haciendo señas á Enriqueta y Bernaldez.)* Aquí está la cosa... ¡Pobre Gutierrez! mucho será que no te hayas roto algo...

GUTIER. ¿De veras?

D. JUAN. Respira *(Gutierrez respira)* fuerte... más fuerte. *(D. Juan aplica el oido sobre el punto del pecho que ocupan las cartas, miéntras Gutierrez respira brutalmente.)* No cabe duda; aquí hay algo... hay cierta opresion. Nótenlo ustedes *(á Enriqueta y Bernaldez)*.

ENRIQ. ¡Oh! sí, la respiracion es débil...

BERNALD. *(Aparte.)* Sí, como la de un ternero.

D. JUAN. *(A Gutierrez.)* Desabrocha la chaqueta.

GUTIER. Pero zeñó... ¿delante de tanta gente?

D. JUAN. Es preciso. Vamos. *(Gutierrez desabrocha su chaqueta y caen las cartas.)* ¿Qué es esto? *(D. Juan las coge.)*

GUTIER. Zon cartaz de mi pueblo.

D. JUAN. ¿De tu novia?
GUTIER. Pué zer. Démelaz osté.
D. JUAN. Luégo.
GUTIER. Que no zeñó.
D. JUAN. Calla, majadero.
GUTIER. ¡Ea! que ya me voy yo cargando.
ENRIQ. ¿Qué es esto? Sal de aquí.
GUTIER. Ez que no pueo zalir zin ezo.
ENRIQ. Fuera de aquí, yo lo mando.

(En el acto de pronunciar las anteriores palabras Enriqueta, entra el general con Elisa.)

GENERAL. ¿Qué es esto?
ENRIQ. *(Aparte.)* ¡El general!
BERNALD. *(Aparte.)* ¡Elisa!
GENERAL. ¿Qué hace aquí este bárbaro?

ESCENA XVIII.

Los mismos; el GENERAL, ELISA.

GUTIER. Perdon, mi generá... pero ez que el zeñó *(por el doctor)* me acaba de quitar unaz cartaz que zon... de la propiedad particulá de vuecencia.
GENERAL. ¿Cartas de mi propiedad?
GUTIER. Zon cozaz mu hondaz. Ya me habrá comprendio vuecencia...
GENERAL. No entiendo una palabra.
GUTIER. Laz que eztaban en la petaca que dejó vuecencia orviá en er borzillo del gaban...
GENERAL. ¡Ah! la petaca del brigadier.
ELISA. ¿De mi marido?
GUTIER. Yo procuré ocultarlas para darlas luégo á vuecencia en prezona... pero er zeñó me las

ha quitao y yo... me lavo las manos como Herodes.

GENERAL. ¿Pero qué galimatías es este? Me podrá usted explicar, señor doctor...

D. JUAN. Una broma inocente, mi general. Estaba yo reconociendo las costillas de este imbécil, cuando se le cayó al suelo un paquete de cartas; al decirme que eran de su novia, formé el propósito de pasar con su lectura un rato agradable... Pero si yo me hubiera podido figurar, ni por un momento, que dichas cartas eran de la propiedad de usted, nunca me hubiera permitido...

GUTIER. Pues entónces, vengan.

D. JUAN. No es á tí á quien debo darlas, sino al general. (*Sacando un paquete de cartas de su bolsillo.*) Hélas aquí.

BERNALD. (*Aparte.*) ¿Pero qué va ~~usted~~ á hacer?

ENRIQ. (*Aparte.*) ¡Nos pierde!

(*D. Juan hace señas al brigadier y á Enriqueta para que se callen.*)

ELISA. (*Aparte.*) ¿Pero qué pasa aquí?

GUTIER. (*A D. Juan, bajo, y detrás del general.*) No zabe osté, ni lo que ze hace, ni lo que ze dice. No vá á pazar náa, casi náa.

GENERAL. (*Que ha tomado las cartas.*) Gutierrez, cállate, vete.

GUTIER. Najencia, Gutierrez. (*Saluda militarmente, y queda cuadrado en la puerta del fondo.*)

GENERAL. Vamos á ver (*Disponiéndose á abrir una de las cartas.*)

ENRIQ. Yo te suplico que no las leas.

GENERAL. ¿Por qué?

ENRIQ. Porque esas cartas... me pertenecen; pues á mí han sido dirigidas.

D. JUAN. Ahora sí que la hicimos buena. (*Haciendo señas á Enriqueta para que se calle.*)

BERNALD. ¿Pero qué dice? (*Aparte.*)

GENERAL. ¿Son tuyas?

ENRIQ. Sí, general.

GENERAL. (*Apercibiéndose de las señas que D. Juan hace á Enriqueta.*) ¿Pero qué significan esos telégrafos, doctor?

D. JUAN. Yo, mi general... no telegrafío nada.

GENERAL. Concluyamos de una vez. ¿Estas cartas son tuyas, porque á tí están dirigidas, y me ruegas que no las lea (*Enriqueta hace un gesto afirmativo*); ¿de tal naturaleza es lo que contienen, que á tí te interesa que yo lo ignore? (*Marcando.*)

ENRIQ. No, general, nada de grave, nada de serio... yo juro.

ELISA. (*Aparte.*) ¿Qué turbada está? Ya esto pica en historia.

GENERAL. Pues si nada de grave contienen ¿por qué te opones á que yo lo sepa? (*Amenazador.*)

ENRIQ. Más tarde sabrás toda la verdad... yo te lo explicaré...

GENERAL. Hasta tal punto ha llegado ya á avivarse mi curiosidad, que no me es posible complacerte. (*Va á leer.*)

ENRIQ. (*Impidiéndoselo.*) No, por Dios... ahora no puede ser... en presencia... (*Mirando á Elisa.*)

ELISA. ¡Cómo me mira!

GENERAL. (*Mirando á todos.*) ¿Pero cómo estas cartas que sólo interesan á mi mujer se encuentran en la petaca del brigadier?

ENRIQ. (*Aturdida.*) No se... como...

GENERAL. Explíquese usted señora. Explíquese usted caballero. (*A Bernaldez.*)

BERNALD. ¡Dios mio! *(Aparte.)*

ELISA. *(Aparte.)* No puedo más; aquí hay algo. *(Al General.)* Yo lo explicaré *(Cogiéndole las cartas.)* Lo más sencillo es leerlas, y ellas darán la explicacion.

ENRIQ.....
BERNALD.. } ¡Elisa! *(Suplicantes.)*

GENERAL. ¡Basta! *(A Elisa.)* Veamos.

ELISA. *(Abriendo una carta y leyendo.)* «Rubia de mi alma.»

ENRIQ.....
BENRALD.. } *(Sorprendidos.)* ¿Qué...?

GENERAL. ¿Cómo? ¿Cómo?

ELISA. *(Lee.)* «Hoy á las diez de la mañana pasaré al »frente de mi division por la Castellana; es »dia de revista; si te es posible, á esa hora »deja un momento el ensayo, y asómate á la »ventana del vestuario...

GENERAL. Basta.

ELISA. »Sobre mi alazan Babieca.»

GUTIER. Babieca, er caballo der generá.

GENERAL. *(Dando un puntapié á Gutierrez.)* Largo de aquí, tunante; ocho dias de arresto. *(Váse Gutierrez por el fondo.)*

D. JUAN. *(Bajo á Bernaldez.)* ¿Has comprendido el escamoteo? *(Enseñándole el otro paquete de cartas.)*

ENRIQ. ¿Qué quiere decir esto?

D. JUAN. Esas cartas antiguas han sido recogidas por mí, por encargo de su marido de usted.

GENERAL. ¿Pero qué significa este espectáculo que me han hecho ustedes dar?

ENRIQ. Yo bien quise evitarlo.

GENERAL. ¿Pero cómo estas cartas? *(A Bernaldez.)*

BERNALD. Esas cartas, que por órden de usted recogió ayer mi tio en Madrid, las tenia yo en la

mano cuando entró Elisa, sin darme tiempo más que para guardarlas en mi petaca. Despues ya sabe usted el camino que han recorrido. Enriqueta queria evitar á todo trance, general, que usted tuviera que sonrojarse ante ella.

GENERAL. Ahora lo comprendo todo; por un exceso de generosidad y delicadeza, te oponias á que las leyera.

ENRIQ. Sí, no queria que pasaras ese mal rato delante de nuestros amigos.

GENERAL. Mi buena Enriqueta...

ELISA. Y yo que me habia llegado á figurar otra cosa...

D. JUAN. General, la mejor prueba que puede usted dar á una esposa, de que todo ha concluido, es quemar esa correspondencia.

GENERAL. Con mil amores.

D. JUAN. Traiga usted las cartas.

GENERAL. Ahí van.

D. JUAN. Mi brigadier. ¡Fuego! (*Aparte.*) Todas arderán á un tiempo. (*Mostrando los dos paquetes de cartas.*)

ENRIQ. (*Avanzando al proscenio, y dirigiéndose al público con la petaca en la mano.*)

Miéntras en esa mesa
arden las cartas,
yo me presento á ustedes
con la petaca.
Si es de su agrado,
la cambiaré con gusto
por un aplauso. (*Cae el telon.*)

FIN.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El Barómetro....................	1	peseta.
La Petaca......................	1	id.
El Testamento de Acuña.........	2	id.

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid.—*Contaduría del Teatro Español.*—Librerías de la *viuda é hijos de Cuesta*, de *Moya* y *Plaza*, calle de Carretas; de *A. Duran*, Carrera de San Jerónimo; de *L. Lopez*, calle del Cármen, y de *M. Escribano*, calle del Príncipe.

En Provincias.—Los comisionados de la Galería dramática El Teatro, de los Sres. *Gullon* é *Hidalgo*.